

CARLOS DEL SOLO

# EL CID

## CAMPEADOR

SIMPLEMENTE RODRIGO



**Letrame**  
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

Colección: Novela

© Carlos del Solo

Edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.

Diseño de portada: Antonio F. López.

Fotografías de cubierta: © Carlos del Solo

ISBN: 978-84-17396-53-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A María José (o Mari Pepi, como yo la llamo)  
por caminar a mi lado y leerme todos los días.

A mi hija María Teresa.

A mis padres Carlos y María del Carmen.

# PRIMERA PARTE

## I - Primavera del año 1063 Ramiro I de Aragón sitia la ciudad de Graus

Nunca pensé que una batalla fuese algo tan encarnizado. Hasta ahora, sólo había tenido contacto con las armas en los entrenamientos junto a mi buen amigo el príncipe Sancho...

Ahora, era distinto, muy distinto. En los entrenamientos, no veía correr la sangre de esta manera. Quizás la sangre de algún pequeño corte o rozadura, pero nada de importancia. En estos momentos, estoy viendo como los miembros de los combatientes son cercenados, las cabezas con el cuello casi cortado se tuercen hacia un lado y el cuerpo, que ya casi no las sostiene, se derrumba chocando contra el suelo. El campo es un barrizal, pero no es agua la que convierte la tierra en lodo, es la sangre... Gritos, se oyen gritos por todas partes. Lamentos y lloros. Sonidos desgarradores...

Sancho me había dicho que su padre Fernando, el rey, le había comunicado que el regente de la Taifa de Zaragoza, el musulmán Al-Muqtadir Billah, había solicitado ayuda, ya que el rey de Aragón, Ramiro, había sitiado la ciudad de Graus. Nuestro rey no se puede negar, ya que la taifa de Zaragoza paga religiosamente sus parias y, como contra prestación, hay que acudir en su ayuda cuando lo requiere con motivos justificados.

—Rodrigo, me ha dicho mi padre que debo acudir en ayuda del rey moro Al-Muqtadir, de la taifa de Zaragoza. Como sabes, es una de las taifas que paga religiosamente la paria impuesta por mi padre para su protección. Parece que Ramiro, mi tío, rey de Aragón, ha puesto sitio a la ciudad de Graus. No sé cuándo van a acabar estos líos de familia. Por algo llaman a mi tío "el belicoso". ¡Qué afán tiene de conquistar todo lo que le rodea!

—Ya decía yo, Sancho, que te veía venir preocupado. Sabes que me gustaría ir contigo y entrar en batalla. Quiero empezar a poner en práctica todo lo que he aprendido

contigo aquí en la corte. En cierto modo, pienso que ya estoy preparado para lo que pueda acontecer en el campo de batalla.

—Ja, ja, ja. Rodrigo, ya me imaginaba que me dirías esto. Le he pedido permiso a mi padre para poder llevarte y no ha puesto inconveniente. Eso sí, me ha dicho que debes tener cuidado; una cosa es el patio de armas de la fortaleza, con sus entrenamientos, y otra cosa muy distinta es estar metido en el campo de batalla. Me ha pedido que te vigile, cree que eres de un gran valor futuro para el reino. Se te ve valeroso y fiel a la corona. Está convencido de que serás un guerrero importante, pero que, de momento, te queda mucho por aprender. Así que sí, vendrás conmigo a cumplir con lo que se me ha encomendado, pero prométeme obedecer lo que te diga en todo momento. No quiero perder a mi mejor amigo.

—No te preocupes, príncipe. Estaré a tu lado y procuraré aprender todo lo posible de la experiencia.

—Y, por cierto, Rodrigo, despídete bien de tu amiga esta noche, ya que pasarás una buena temporada sin verla. Ja ja ja. Algún día conseguiré que me cuentes de quién se trata.

Qué razón tenía mi príncipe y amigo Sancho, sólo el trayecto hasta Graus nos ha llevado veintiséis días desde la corte en León. Más de cien leguas de distancia son muchas para la infantería y los carros con las provisiones. No podíamos apretar más el paso y rezábamos para que la fortaleza de Graus siguiese aguantando los envites de Ramiro.

Es 8 de mayo de 1063 y ya vemos en la lejanía la peña del Morral y la muralla del castillo construido por los sarracenos. Se oyen los estruendos desde aquí. Los de Ramiro están acampados en el llamado campo de Zapata. No deben de ser más de dos mil hombres entre infantería y caballería. Nosotros traemos pocos más de mil, veremos cómo se desarrolla la contienda.

Sancho empieza a dar órdenes a sus oficiales. Yo permanezco a su lado, en mi montura, intentando comprender todo lo que veo.

—¡Qué la caballería se coloque en vanguardia! Los arqueros detrás y que la infantería se quede a retaguardia. ¡Vamos!

Con movimientos ordenados, todo el ejército se coloca en sus posiciones. Nunca había visto en persona cómo se producía la formación de ataque; me la habían explicado en infinidad de ocasiones, pero verlo con mis propios ojos...

Las tropas de Ramiro ya se han percatado de nuestra presencia hace rato y hacen lo propio. Pararon el lanzamiento de piedras contra la fortaleza y se han preparado para la batalla. Desde esta distancia, no distingo bien lo que están haciendo, la polvareda que se ha montado con los movimientos de los ejércitos no me permiten ver con claridad.

Se hace el silencio, sólo se escucha el castañetear de algunos dientes, supongo que por el miedo y el relincho de algún caballo. Parece que, poco a poco, el polvo se está dispersando, va cayendo a su lugar de origen, la tierra, y ya veo con más claridad las tropas del aragonés. Tienen al frente a su infantería, con escudos y lanzas, preparada para la embestida de la caballería. Estamos todavía muy lejos. No tiene sentido, creo yo, que los arqueros empiecen su trabajo.

—¡Avanzamos! Despacio. Quiero ver las reacciones del aragonés. Me imagino que se esperaba nuestra visita —grita el príncipe castellano ya con el yelmo bajado y tapándole parte de su cara.

Sin saber muy bien cómo es posible, empezamos a oír un estruendo de caballería a nuestras espaldas. El rey Ramiro debía de saber, desde hace tiempo, de nuestra llegada y nos tenía preparada su sorpresa. Es un rey versado en mil batallas y no se iba a dejar sorprender. Su caballería ligera se aproximaba al galope hacia nuestra retaguardia. Sancho empieza a dar órdenes para organizar la defensa.

—¡Infantería, media vuelta! ¡Posición de defensa! ¡Escudos al frente!

Todo esto pilla por sorpresa a nuestras tropas. Nuestra

caballería rompe filas e intenta llegar al nuevo frente de batalla. Se quedan los arqueros detrás de la tropa donde antes se encontraba la vanguardia. ¡Menudo caos que se ha montado! La infantería del aragonés comienza su avance. Estamos siendo atacados por dos frentes y en un terreno que desconocemos. Acabábamos de llegar y no nos ha dado tiempo a estudiarlo.

—¡Arqueros, cargad y disparad!

Pero los arqueros están atemorizados, ya que ven acercarse a la carrera a cientos de soldados que han dejado en su posición original sus lanzas y llevan en sus manos el escudo y la espada, mientras gritan como poseídos por el diablo.

—Rodrigo, esto tiene mala pinta. Pensaba pillar a mi tío por sorpresa, pero es perro viejo y el que me ha pillado por sorpresa ha sido él a mí. Va a hacer una carnicería con nosotros, como no sepamos reaccionar. Y reconozco que no sé muy bien qué acción tomar. ¡Se admiten ideas, amigo Rodrigo! —grita Sancho para poder ser oído.

—Príncipe Sancho, su caballería ligera ataca a nuestra infantería. Ordena resistir como sea. Organiza a nuestra caballería y que ataquen a su infantería que viene a la carrera, ya sin lanzas, que es lo más peligroso para nuestros caballeros. Que los arqueros se den media vuelta, se coloquen detrás de nuestros infantes y que lancen sus flechas contra los caballeros del aragonés. Si conseguimos que sus tropas de caballería sufran importantes pérdidas, podrás dedicar la infantería a ayudar a nuestros caballeros contra sus infantes. ¡Pero ya!

Sancho da las órdenes oportunas para poner en práctica mi idea de cómo afrontar la situación. Mi cuerpo empieza a temblar por la responsabilidad que me acabo de echar encima diciendo, en esta situación, lo que pensaba que había que hacer. Intento concentrarme; en breve, me vería inmerso en una batalla y si quería permanecer con vida, tendría que estar en plenas condiciones mentales.

La caballería vuelve hacia atrás para encontrarse con la

infantería atacante. Los arqueros se ponen en la retaguardia de nuestros infantes y comienzan a lanzar sus flechas hacia los caballeros que comienzan a caer de sus cabalgaduras. La infantería aragonesa empieza a titubear al ver a nuestra caballería pesada avanzar sobre ellos, pero ya es tarde y el choque es inminente.

Gritos ensordecedores. Los caballeros con sus grandes espadas empiezan a despedazar a los atacantes de a pie. Los infantes enemigos son muchos y también consiguen infringir graves daños sobre nuestros hombres a caballo. Entre varios, se lanzan sobre nuestros caballos y los tumban para después, utilizando sus espadas, cortar miembros y cabezas. La caballería enemiga ha sido bastante diezmada, aunque se dirige por uno de nuestros flancos hacia el lugar en el que su infantería se encuentra con nuestros caballeros luchando a muerte. Nuestros arqueros se echan hacia los lados y la infantería castellana se dirige a la carrera hacia el lugar de la lucha. Sancho y yo mismo nos vemos rodeados por todos los lados de soldados; de soldados de ambos bandos. Utilizando nuestras espadas, vamos quitándonos de encima a todos los infantes aragoneses que se nos aproximan. Estoy salpicado de sangre. En varias ocasiones, he tenido que limpiarme la cara con la manga, ya que no podía ver. Sangre por todas partes, gritos, hombres llorando y mirando horrorizados sus miembros esparcidos. Lodos de sangre por el suelo. Mandobles de espada por aquí, por allí. Veo a Sancho y está igual que yo. No sé a cuántos hombres he podido herir o matar; tengo el brazo derecho dolorido de tanto manejar la pesada espada.

Se acercan varios aragoneses y empujan mi caballo. Me caigo al suelo y me levanto inmediatamente. No me ha aplastado mi caballo de casualidad. Se abalanzan sobre mi varios soldados. Aprieto los dientes y me abalanzo yo sobre ellos, gritando y con los ojos fuera de mis órbitas. No sé cómo, pero, uno tras otro, van cayendo a mi alrededor. ¡Quieren matarme, pero no se lo permitiré! Llega un momento en el que me veo rodeado de infantes aragoneses, pero no se atreven a acercarse. Tengo mi alrededor todo lleno de

cadáveres de sus compañeros. Les miro, grito, aprieto los dientes y me lanzo hacia varios de ellos. Pongo la espada en alto amenazándoles. Salen despavoridos.

Suenan cuernos en el campo aragonés, son sonidos de retirada. El rey aragonés, Ramiro, ha sido herido de muerte. Las tropas aragonesas se retiran hacia su retaguardia a la carrera. ¡Hemos ganado la batalla!

Parece ser que un morisco disfrazado de castellano se ha acercado a Ramiro hasta llegar junto a él. El morisco con armadura y yelmo sólo dejaba ver sus ojos y, en un descuido del rey, le ha clavado su lanza en un ojo. El rey había caído al suelo herido de muerte y el atacante empezó a gritar: «¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto!».

Busco a Sancho a mi alrededor. Cuando le diviso, observo que también le habían derribado de su caballo. Al igual que a mí, no se le veía el metal de sus defensas, ya que está todo cubierto de sangre y sudor. Lo encuentro apoyado en su espada, tan exhausto como yo. Nos abrazamos.

Sancho levanta la espada y grita:

—¡Victoria! —y, al unísono, los castellanos lanzan el mismo grito.

Buscamos nuestras monturas con la esperanza de que sigan en este mundo. Casualmente, localizamos a nuestros caballos, que siguen vivos, y nos subimos a ellos después de acariciarlos durante un rato para que se tranquilizaran. Sancho, en mi compañía y la de sus oficiales, encabeza la marcha hacia el campamento aragonés. Los soldados, que antes tenían sitiada la fortaleza de Graus, se encuentran con una rodilla en el suelo, sin sus armas, con la cabeza gacha, mientras pasamos delante suyo.

Sancho se dirige hacia la tienda real. Yo me quedo en puertas. Allí está el rey Ramiro, tumbado en su camastro, con la cara totalmente desfigurada y llena de sangre. No está muerto, pero tardará pocas horas en morir.

Mi amigo, subido a una gran piedra, se dirige a los aragoneses:

—¡Aragoneses! Vuestro rey está fatalmente herido. Recoged vuestras pertenencias y abandonad estas tierras. Lle-

vad a vuestro rey con vosotros y así poder darle cristiana sepultura. Recordad que estas tierras están protegidas por Fernando, rey de Castilla y León, y nunca permitirá que sean ocupadas por ejército enemigo alguno. Dad mis condolencias a la familia real aragonesa por la muerte de mi tío.

Se oyen gritos de júbilo dentro de las murallas de la ciudad de Graus. Llevaban mucho tiempo asediados y, probablemente, no les quedaba mucho tiempo para haber claudicado, permitiendo la entrada de las tropas aragonesas.

Los integrantes del ejército de Aragón parten y dejan montado su campamento. Aprovechamos las infraestructuras dejadas para que nuestros soldados se puedan acomodar y tener un sitio donde reposar cómodamente durante unos días. Llevan casi un mes de viaje más una dura y encarnizada batalla, por lo que necesitan y se merecen un descanso.

Los monjes, que nos han acompañado en la travesía, con sus viejas túnicas y una cruz en la mano, van por el campo de batalla parándose en cada caído y rezando sus plegarias. Ya hay algunos cuervos posados en los cadáveres picando sus ojos y arrancándoselos de cuajo. Triste imagen. Mucho me hará pensar en los próximos días todo lo sucedido.

Sancho, sus oficiales principales y yo mismo nos alojamos en la ciudad. Somos agasajados por los anfitriones que están sumamente agradecidos por haber sido rescatados del asedio. Mientras permanecemos en la ciudad, los pobladores se encargan de los caídos en la batalla. Levantan montañas de cadáveres para ser quemados, no sin antes despojarles de todo lo que pudiese tener valor para ellos. Los caballos muertos en la batalla son troceados y llevados por los campesinos para ser consumidos como carne. ¡Cómo me alegro de ver mi caballo sano y salvo!, regalo de mi familia de Vivar.

Cuando contaba con catorce años, murió mi padre. Su deseo era que me formase como caballero en la corte. Debido a la amistad de mi familia con el rey Fernando, su hijo,

y amigo mio, Sancho vino al entierro. Después de ver como mi padre desaparecía en la tierra, mientras los gritos de dolor surcaban el aire, partí con Sancho hacia la corte. Mi madre me dio la espada de mi padre y su mejor caballo entre sollozos. Había perdido a su marido y ahora su hijo se iba lejos.

—Rodrigo, tu padre se sentía muy orgulloso de ti. Lleva su espada con honor y, por favor, hazme saber de ti de vez en cuando. Te quiero, hijo. Cuídate.

—Madre, llevaré siempre conmigo a padre y prometo escribirte para contar como me va la vida, así como los progresos que vaya haciendo. Pero, por favor, escíbeme tú también para saber qué tal estás. Te echaré mucho de menos, madre.

Permanecemos diez días de descanso en la ciudad de Graus. Estos moriscos sí que saben disfrutar de la vida. Bellas mujeres con ropas de seda bailaban para nosotros de manera sensual, mientras nosotros hacíamos cuenta de las viandas que se nos servían. No estamos acostumbrados los cristianos a esto. Los adornos de paredes, las vajillas, los muebles, todo es de una belleza incomparable. Creo que sería capaz de acostumbrarme a vivir así. Tenemos mucho que aprender de ellos. Son capaces de hablar de la luna y las estrellas. Son versados, les gusta leer y formarse. Parecemos bestias a su lado o, al menos, es lo que a mí me parece.

Una vez transcurridos los diez días, abandonamos el lugar rumbo de nuevo a la corte en León.

## II - En la corte de León

Ya vamos de camino hacia León. Nos tomaremos la vuelta con más calma o, al menos, eso me ha dicho Sancho.

—Ahora, Rodrigo, no tenemos prisa. No apresuraremos tanto el paso como cuando íbamos en auxilio de Graus.

—Sancho, yo reconozco que estoy deseando llegar. Escribiré a mi madre para contarle lo acontecido. Seguro que han llegado noticias a Vivar del asedio de Graus y de que hemos acudido en su ayuda. Con toda probabilidad, estará preocupada y será un alivio para ella saber que estoy bien.

—Bueno, no tengas prisa, disfruta del viaje sin agobios. En la ida, te veía muy nervioso, supongo que es normal porque te dirigías a tu primera batalla real. Ahora, te diriges a la corte, relájate y disfruta del camino. Si quieres, enviamos un emisario para que haga llegar una nota a tu madre y le digan que estás perfectamente, comunicándole que la escribirás con más tranquilidad cuando llegues a León.

—Gracias, Sancho.

—Por cierto, todo el mundo habla de la bravura con la que te comportaste en la batalla. Se nota que has tenido buen profesor. Ja, ja, ja. Bueno, fuera de bromas, te agradezco que me ayudases a salir del paso cuando nos vimos atacados por la retaguardia. Reconozco que me quedé totalmente bloqueado y, en esos difíciles momentos, me fuiste de gran ayuda. Así que las gracias te las tengo que dar yo a ti.

—Sancho, tengo que meditar mucho sobre lo que hemos pasado estos días. La guerra es horrorosa y he visto cosas que ni me podía imaginar. También, me he dado cuenta de que tengo mucho que aprender. Si algún día quiero ser capaz de comandar un ejército, debo formarme, pero no solo en el uso de las armas, que también, sino en la dirección de los soldados, las estrategias y demás. Estoy convencido de que no sólo es importante tener un gran ejército, también es muy importante saber comandarlo con

precisión y con astucia. Creo, firmemente, que la planificación y estudio pueden dar grandes frutos y hacer ganar las batallas. Cuando esté en la corte, no sólo me voy a esforzar en fortalecer mi cuerpo y manejar con maestría las armas, también voy a intentar formarme en todo lo referente a la guerra. He visto gran cantidad de libros y manuscritos en la corte que versan sobre dichos temas. Libros no sólo castellanos, también he visto algunos árabes y creo que estos últimos serán también de gran importancia. Me ha quedado claro que los moriscos son eruditos en muchas materias y, probablemente, también lo sean en el arte de la guerra.

—Rodrigo, creo que mi padre, el rey, tiene razón contigo. Siempre dice que serías un gran valor para el reino. Yo digo más, ya lo eres. Has luchado bien, los soldados te han visto y, muchos de ellos, ya te admiran. El comentario generalizado es que si ya, con dieciocho años, luchas y te comportas así, dentro de unos años serás un líder. Seguro que tu actitud te llevará a ser un gran comandante de los ejércitos del reino. Al menos, si yo llegase a ser rey, dios quiera que dentro de muchos años, me gustaría contar contigo.

La travesía no tuvo ningún contratiempo. Me dediqué a charlar con Sancho de cosas banales, de anécdotas de la batalla, de los paisajes que íbamos viendo en nuestro camino. Y a pensar. A pensar como convertirme en alguien de quien mi padre, que en gloria esté, y mi madre estuviesen orgullosos. Alguien de quien yo mismo estuviese orgulloso por servir bien a mi rey y a mi dios.

Por cierto, qué bonitas son las tierras de Castilla y León.

Esta vez, hemos tardado treinta días en la travesía desde Graus hasta León.

*Queridísima madre,*

*Lo primero que quería decirte es que te echo mucho de menos. Aquí, aunque tengo grandes amigos, el mejor de ellos Sancho, me acuerdo siempre de tus buenas palabras, de tus caricias y de tus consejos. También me acuerdo mucho de padre.*

*Como ya sabrás, hemos acudido a la ayuda de la ciudad*

de Graus. Pertenece a la taifa de Zaragoza y siempre cumple con sus pagos de parias al rey. Pues bien, el rey Ramiro de Aragón, que en paz descansa, puso sitio a la ciudad y el rey Fernando se vio en la obligación de mandar a su ejército en su ayuda. Sancho solicitó a su padre el llevarme con él y el rey accedió.

De camino hacia Graus, estaba bastante nervioso, pues me encaminaba a la batalla. Me he preparado duramente durante estos cuatro años que he permanecido en la corte, pero no me había enfrentado con los avatares de una batalla real.

La guerra es muy triste, mamá, he visto cosas que ni me podía imaginar. Siempre que se habla de las batallas parece que todo es glorioso, pero no cuentan las miserias de la guerra. No quiero entrar en detalles contigo de lo que se vivió, así que lo dejaré ahí.

Quiero decirte que tanto Sancho como el resto de oficiales del ejército me felicitaron por mi comportamiento en la batalla. Llevé la espada de padre y el caballo que tu me regalaste. Tanto lo uno como lo otro han vuelto conmigo. En algún momento, temí por mi caballo, pero, finalmente, al terminar la batalla, lo encontré asustado, pero sano y salvo.

El rey Ramiro de Aragón fue muerto por un soldado morisco disfrazado de cristiano. Luego, me enteré que el soldado en cuestión se llama Sadadah y que, con ropaje de soldado cristiano así como el yelmo que sólo dejaba ver sus ojos, se acercó al rey y le clavó la lanza en un ojo. Tengo que reconocer que, por un lado, me parece una muerte sin honor y fruto de engaño, pero, por otro lado, debido a dicho incidente, las tropas aragonesas se retiraron y se evitaron muchas muertes en ambos bandos. Dicen que no hay mal que por bien no venga. El rey aragonés no murió en el acto, pero duró poco tiempo.

Yo, que no te lo he dicho y debería haber sido lo primero en contarte, estoy bien. No sufrí herida alguna de importancia en la batalla. Algún rasguño del que ya no quedan restos. Espero que te llegasen las noticias de mi estado por el emisario que te envió el príncipe Sancho. Se porta muy